

Quintero 4-18

COLECCIÓN ARIEL

18.

EMMANUEL J. GARCÍA

El Santo Lago,

de GOMEZ CARRILLO

Las dos hermanas,

de J. A. SOFFIA

El triunfo de la verdad,

de S. PEREZ TRIANA

Etc., etc.

20 ctms.

Establecimiento Tipográfico "Alsina"

SAN JOSE DE COSTA RICA

1912

Colección ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

BIOGRAFÍA, CUENTOS Y VERSOS, VIAJES,
ORATORIA, CIENCIA RECREATIVA, LITE-
RATURA INFANTIL, HIGIENE, EDUCA-
CIÓN, TEATRO, GEOGRAFÍA, HISTORIA,
NOVELAS, INSTRUCCIÓN CÍVICA, ETC.

Se publica mensualmente en San José de Costa Rica, A. C.

PUBLICADOS

Céntimos

Fragmentos de un Diario íntimo , de Federico Amiel.....	0.20
Prosa (<i>Cuentos y Crónicas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera.....	0.20
Tolstoi íntimo , (<i>Recuerdos, relatos, conversaciones</i>), de Sergio Persky.....	0.40
Poemas escogidos , de Isaías Gamboa....	0.40
El Hombre y la Tierra , (<i>Extractos: 1ª serie</i>), de Eliseo Reclus.....	0.20
El canto de las Horas (<i>Estudio sobre la Belleza</i>), de R. Brenes Mesén.....	0.25
Rincón de los Niños (<i>Lecturas infantiles</i>), de varios Autores.....	0.25
El Secreto de oro (<i>Estudios literarios é históricos</i>), de A. Zambrana.....	0.50
Cuentos de Verano , de R. Baumbach.....	0.20
Amor y Lágrimas , (<i>Poesías escogidas</i>), de Manuel Gutiérrez Nájera.....	0.50
Los Jardines de las Reinas , (<i>Estudio feminista</i>), de Juan Ruskin.....	0.25
La Propia , (<i>Tipos y Escenas costarricenses</i>), de Manuel González Zeledón (Magón).....	0.50
Misceláneas , de Manuel Ugarte.....	0.50
Defensa de Eutropio , de S. Juan Crisóstomo	0.15

PROXIMAMENTE

Rincón de los niños, (2ª serie de lecturas infantiles).

Los jóvenes de Platón, de H. Taine.

La política y los pueblos, de L. Lugones.

El poema de las mieses, de Carlos Ortiz.

Electra, de Sófocles.

El cadáver viviente, de Tolstoi.

Etc., etc.

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

NÚM. 18

SAN JOSÉ, COSTA RICA

JUNIO, 1912

SUMARIO

E. Gómez Carrillo	<i>El Santo Lago</i> ✓
José Antonio Soffia ..	<i>Las dos hermanas</i> ✓
S. Pérez Triana	<i>El triunfo de la verdad</i> ✓
J. Antonio Uribe.....	<i>Cuadros de la Naturaleza</i> ✓
Leopoldo Lugones	<i>El culto de la flor</i> ✓
Tomás Davidson.....	<i>Cultura y altruismo</i> ✓
Guillermo Ferrero	<i>Democracia ficticia</i> ✓

El Santo Lago

Esta mañana—me dice mi guía en el momento en que nos embarcamos con rumbo á Magdalá y á Cafarnaúm— esta mañana es peligroso navegar.

Naturalmente, tales palabras me hacen reír. Peligrosa esta taza de esmalte? Ayer, cuando vinimos de Samakh en una barca de pescadores, con cuatro remeros que cantaban para animarse coplas populares, y que reían enseñando sus dentaduras de lobos, parecíamos resbalar por una balsa de aceite. Cómo puede hoy existir peligro alguno?

—Sí..., sí...—repite mi guía.

Luego, viéndome sonreír, me cuenta historias fantásticas de naufragios de caravanas enteras. En cuanto sopla el viento del Este,

según él, no puede nadie fiarse á la locura de las ondas de este mar, entre todos caprichoso. Porque no hay que olvidar que el dulce lago de Jesús y de los apóstoles, cuyas aguas bañan las playas de aquellas aldeas que fueron Cafarnaúm, Betsaida, Magdalá y Corozaim, se llama en la Biblia el Mar de Galilea. Los Evangelios no hablan de él sin cierto recelo. Sus olas, en muchas ocasiones, fueron tan terribles que el mismo Cristo tuvo un día que emplear su santo poder para calmarlas. «Entonces—dice Mateo—se levantó una tempestad y el viento hacía entrar el agua en la barca que le llevaba; y Jesús estaba en la popa durmiendo; y entonces sus discípulos se acercaron á él y lo despertaron gritando: Señor, sálvanos, porque perecemos...» Mas, en verdad, hoy no es posible pensar en todo esto. Las aguas azules forman, entre las montañas del El-Ebtehah y la tierra de Tiberias, una verdadera llanura azul tan tranquila, que apenas parece líquida. Sólo en su extremidad oriental, donde el sol se entretiene en formar encajes de plata entre las aguas, nótese una ligera palpitación. Lo demás es una vasta lápida de lapizlázuli, sobre la cual todos nos figuramos que podríamos, como Nuestro Señor, andar con nuestros pobres pies humildes.

—No importa—insiste mi guía—. Cuando el viento viene del Este, basta un instante para que la mansedumbre se trueque en cólera.

Mi sonrisa lo decide empero á callar. Y hénos aquí, en pleno lago, bogando hacia Magdalá, donde, realmente, no hay nada, nada. Las piedras mismas de la antigua ciudad han desaparecido. Las tres ó cuatro viviendas que hoy ocupan el espacio del embarcadero, son miserables chozas de lodo y de paja. En otros puntos de esta región, los exploradores europeos han descubierto columnas de templos milenarios, fundaciones de palacios romanos, huellas de arquitecturas relativamente importantes. Pero aquí, en la dulce entrada de la llanura de Genezar, en el sitio más bello y más risueño del Mar de Galilea, nada se ha hallado. La aldea de María la pecadora, fué, realmente, una aldea. Sus casas no deben de haber sido nunca ni muy ricas ni muy numerosas. Su lujo, su ruido, su impiedad, no despertaron jamás divinas indignaciones. Á Corozaim y á Betsaida, el Nazareno pudo amenazarlas, comparándolas con Tiro y con Sidón. Á Magdalá, que dormía entre sus palmeras, apenas si de vez en cuando dirigióla dulces miradas. «Sin los pecados de María—dice alguien— ni el el nombre de este pueblo quedaría en la memoria». Es cierto. Pero aun los pecados, cuando uno piensa en ellos aquí mismo, pierden toda su grandeza y todo su prestigio. La Magdalena, que en nuestras imaginaciones es la imagen viva de la cortésana arrepentida; la rubia Magdalena, á quien los poetas le atribuyen los éxtasis más delicados; la Magdalena de

grandes ojos ojerosos, que abandonó los goces del mundo para seguir los pasos del Hijo de Dios, no debe de haber sido ni más bella ni más suntuosa que las pobres vendedoras de caricias que se esconden, al anochecer, en la Tiberíades actual entre las sombras de los pórticos, á la entrada de las sinagogas. Con sólo pensar en esto, tenemos que despojarla de las joyas y de los mantos que el Tiziano y el Reni la han prestado. Sus únicos adornos fueron, sin duda, algunas monedas de plata pendientes de un hilo de seda, y algunas sartas de ámbar acariciando su garganta. Mas aquellas gemas soberbias, aquellas mantas de damasco, aquellos maravillosos tocados de perlas, que, en Jerusalén, ante la iglesia de cúpulas doradas erigida por los rusos á la gloria de la pecadora, nos parecen naturales, aquí, en la Galilea humilde é idílica, se nos antojan invenciones extranjeras. No es de esta tierra, en efecto, la suntuosidad de María, tal cual los hombres la sueñan hoy. No es ni siquiera de Siria. Los poetas la encontraron en la Bagdad de Harún el Rachid ó en la Alejandría de los Ptolomeos, y, como un presente piadoso, las ofrecieron á la Magdalena, para que en el cortejo de Jesús hubiera alguna riqueza.

Pero cuando uno viene hasta la aldea misma de la pecadora y evoca la humildad de su pasado, no puede menos que quitarle todas las galas á la cortesana del Evangelio y vestirla con la clara túnica de las pobres

vendedoras de amor de las ciudades pequeñas. Así, sin duda, siempre conserva su gracia tierna de arrepentida, con la cual conmueve al mundo desde hace dos mil años. Sólo que así la visión magnífica de la soberbia reina de amor desaparece...

*

Después de pasar algunas horas en Magdalá, nos dirigimos hacia Cafarnaúm, la otra ciudad santa de esta región.

El lago, á pesar de las aprensiones de mi guía, continúa siendo un inmenso cristal cerúleo, apenas irisado por las olas que van á morir, sin ruido, en las arenas de la costa. La llanura de Genazaret comienza á cubrirse de flores: entre los pedruscos secos, las anémonas salvajes lucen al sol como gemas perdidas, y, de trecho en trecho, un tallo de lirio se alza, inmóvil, en la luz maravillosa del meridiano. Una dulzura infinita baña el espacio. El viento del Este, cuyo soplo llena de zozobra el alma de mi cicerone, hincha la vela y hace que nuestra pesada barca resbale ligera. Los cuatro remeros árabes que cantaban hace un instante, para animarse, estribillos milenarios, se han echado medio desnudos en el fondo de la lancha y duermen beatamente. Hay entre ellos uno de fino perfil judío, de grandes ojos tiernos y de barba rizada, que debe parecer á las mises evangélicas una viva imagen de Nuestro Señor. Porque aquí la

costumbre exige que todas las damas, todas, todas, vean á Jesús encarnado en algún beduino de lánguida belleza. Las apariciones incorpóreas y nebulosas en la penumbra del crepúsculo, se quedan para los hombres. El hijo de Dios, envuelto en un girón de niebla camina sobre las ondas, haciendo un gran ademán de bendición... Las almas se estremecen y las oraciones se escapan de los labios como palomas místicas...

*

Á esta hora, en plena luz, la única forma que se destaca ante nuestra vista al llegar á la antigua Cafarnaúm, es la silueta oscura de un franciscano legendario, que vive solo entre las ruinas desde hace algún tiempo. Su rostro de anacoreta no indica nada de común con las buenas faces rozagantes de los frailes de Nazaret y del Monte Carmelo. Este santo hombre es, verdaderamente un santo que por amor de Jesús se refugió en la más absoluta soledad, en el más completo silencio, en la más perfecta pobreza. En su juventud, según parece, fué un gran pecador. Pero llegó un día en que, viéndose engañado por los hombres y abandonado por las mujeres, no encontró consuelo sino en la religión. Apenas en las órdenes, pidió que lo enviaran al lugar más retirado del mundo, para huir del comercio de sus semejantes y no hablar sino con los pájaros, con el agua y con las piedras, como su dulce

maestro. En Cafarnaúm pasa á veces meses enteros sin oír una palabra humana. La palabra divina, en cambio, no lo abandona nunca. Sin recurrir á las ridículas visiones de los viajeros pedantes, siéntese á todas horas acompañado por Nuestro Señor. Desenterrando los restos de los antiguos edificios goza sin cesar de la divina presencia.

—Era aquí? — le pregunto — era aquí donde Jesús venía á discutir con los doctores de la Ley?

—Aquí es— me contesta acariciando las columnas de la sinagoga.

Y este sencillo cambio en el tiempo del verbo, me hace comprender que para él los siglos no han pasado. En plena luz, en plena conciencia, sin necesidad de las penumbras alucinadoras, viviendo ardientemente su existencia de sublime solitario, goza de las más inefables visiones. Sus ojos tienen algo de la ceguera de las imágenes. En su palabra reviven, sin que él se dé cuenta de ello, casi todas las frases que el Nazareno pronunció durante los tiempos más felices de su existencia, que fueron los tres años de sus predicaciones galileas.

—Debe usted pasar días de privaciones— dícele mi guía indiscretamente.

—No—contestó el fraile—no... Jesús es el pan de vida, y el que va á él no tiene nunca hambre y el que lo busca no tiene nunca sed... Aquí, sobre todo, donde Él alimentó á los que le seguían con cinco panes caídos del cielo, no hay temor de ca-

recer de lo necesario. Este rincón es el más dulce de toda la Tierra Santa...

Para un soñador cuya alma se alimenta de parábolas, Cafarnaúm es, en efecto, el paraíso espiritual. Y poco importa en estos lugares donde la más cruel incertidumbre acompaña siempre á los que buscan las divinas huellas, que esta ruina sea una de las que todos consideran como menos auténticas.

—El nombre mismo que actualmente dan los beduinos á la tierra en que nos encontramos—dice el franciscano—es una demostración de que aquí era Cafarnaúm. Además San Jerónimo asegura que Corazaim se hallaba á dos millas de Cafarnaúm, y en efecto, á dos millas de aquí está la ciudad maldita. Las palabras mismas del Señor, que dijo: «Y tú, Cafarnaúm, te elevarás siempre hacia el cielo?», son una prueba de que estaba aquí situada, puesto que este es el único sitio de las márgenes del Lago donde se han encontrado restos de edificios bastante grandiosos para hacer creer que se elevaban hacia el cielo. En cuanto á la sinagoga, no hay la menor duda de que es la de Jesús. Aquí está acostada en el suelo... Un esfuerzo bastaría para levantarla...

Y realmente, tales como las ruinas aparecen en su suprema caída, diríase que con sólo levantarlas de nuevo se podría reconstruir el antiguo templo consagrado por la presencia del Cristo. Las columnas con sus bellos capiteles, los sillares ennegrecidos

por el tiempo, los altos pedestales, los frontones esculpidos, todo está aquí en orden, como esperando la mano del arquitecto que ha de ponerlo en pie. Los arqueólogos descubren, en el suelo, fragmentos de basalto con esculturas de frutas y de flores, lo que les hace preguntar si más bien que una sinagoga no debe buscarse en ese sitio un templo romano. Pero las cinco naves formadas por cuatro hileras de siete columnas, demuestra que el monumento es una sinagoga, pues tal combinación arquitectónica es esencialmente judía.

—Lo que sí creen algunos sabios alemanes—asegura mi insoportable guía—es que se trata de un edificio posterior á la época de Jesús, de una sinagoga del tiempo de los doctores que componían en Tiberíades el Talmud.

El fraile sonrío ante estas palabras con dulce desdén. Las columnas que tiene á la vista, son del lugar en que su maestro Jesús leía el libro de Isaías, para comentarlo luego ante los sacerdotes. Si no fuese así, su alma lo sentiría claramente. Las razones de los profesores de París ó de Berlín, no son más que odiosas herejías... La ruta romana de Damasco á Jerusalén, que, según la historia, pasaba por Cafarnaúm, no ha dejado entre estos desfiladeros el menor vestigio, es cierto... La fuente llamada de Cafarnaúm no existe en este sitio, donde, sin embargo, ningún manantial se ha secado, también es cierto... Pero esto no im-

porta... Por encima de las razones científicas está la tradición y la fe...

—La fe—murmura el franciscano contemplando embelesado el vasto campo de ruinas que se extiende á sus pies.

Y en sus ojos se ve que si hace dos mil años Jesús no venía aquí, ahora viene á orar junto al santo guardián de este santo lugar...

*

Para volver á Tiberíades tenemos cuatro ó cinco horas de navegación. Mi cicerone, que continúa siempre inquieto á causa del viento del Este, no se cansa de recomendar á los barqueros que no se alejen de la costa.

—Por la tarde, sobre todo—murmura—es peligroso.

Las olas, sin embargo, son siempre suaves cortinas de damasco apenas agitadas por una brisa ligera. Sólo los extremos, al echarse en la arena de las ensenadas, se rompen en blancos flecos. El sol, que camina hacia su ocaso, tiñe el horizonte de delicados matices claros. Por encima de Magdalá, formando un lago aéreo más vasto que este en cuyas aguas bogamos, ábrese una enorme grieta verde cubierta de ondas encrespadas. Del otro lado, sobre las montañas azules, los celajes transparentes comienzan á ensangrentar el ocaso. Una misteriosa penumbra invade, poco á poco, las llanuras de nombres prestigiosos. Y cuando nos acercamos á Tiberíades la tarde está ya

á punto de caer. En el espacio profundo, la canción alegre de los remadores suena con una monotonía desagradable, casi sacrílega.

*

Es la hora de las visiones.

Es la hora en que las buenas inglesas, embriagadas de pláticas evangélicas, ven á Jesús andando sobre las olas... Es la hora en que las lanchas de pescadores que vuelven á sus puertos de amarra, toman la forma de la barca de San Pedro... Es la hora en que María Magdalena aparece arrodillada en la arena de la playa, llorando sus pecados...

Es la hora de las visiones...

*

Y por no ser menos que los demás, yo también quiero tener la mía. Volviéndome hacia la montaña de las Beatitudes, cierro los ojos y evoco la figura de Jesús en el momento en que ninguna amargura ha entristecido su rostro. Ah! cuán bello aparece aquí, con todas sus ilusiones y todas sus esperanzas, en plena juventud y en plena dicha de vivir!... Aun los que más se empeñan en presentarlo ante los hombres como un profeta de austeridad, tienen, al llegar á este punto de su historia, que convenir en que su fresca alegría contrasta con el seco pedantismo de los doctores de la Ley. Mon-

EMMANUEL J. GARCÍA

tado en un jumento de Galilea, de estos que son ligeros como caballos de raza, recorre toda la tierra florida que se mira en el espejo ideal del Lago. Las cinco ciudades que todavía no le han inspirado su terrible anatema, lo reciben gozosamente. Además de los doce mozos originarios de Cafarnaúm, de Corazaim y de Betsaida que han de acompañarlo hasta la muerte, una cohorte de pescadores, de mujeres desocupadas y de niños curiosos, siguesus pasos y se extasía oyéndolo hablar. Su voz tiene la dulzura que subyuga á las mutiltudes ingenuas. En sus ojos hay una ternura infinita. Sus ademanes son como grandes caricias. Su sencillez es tal, que en todas partes se encuentra á su gusto. En las chozas halla un abrigo. Una mesa rústica basta para sus festines cuotidianos. Un grupo de miserables es lo suficiente para constituirle un auditorio. Y poco le importa lo que dicen de su conducta los fariseos. Con su ironía delicada, que no perderá sino en la amargura de Judea, contesta á los que lo censuran, por medio de parábolas ó de discursos desdeñosos. «Á qué compararé »esta gente?—murmura—. Es igual á los »muchachos que se sientan en las plazas y »dan voces á sus compañeros, y dicen: Os »tañimos flautas y no bailasteis, os ende- »chamos y no lamentasteis. Y porque viene »Juan que no comía ni bebía, dicen: «De- »monio tiene». Y viene el Hijo del hombre, »que come y bebe, y dicen: He aquí un »comión, bebedor de vino, amigo de publi-

»canos y de pecadoras». Y agrega tranquilo, seguro de sí mismo y seguro de su pureza de alma: «La sabiduría es justificada por »sus obras». En la sinagoga de Cafarnaúm, entre aquellas piedras que acabo de tocar con mis manos impuras, su voz se hace, á veces, más vibrante. Las controversias con los doctores exaltan su fina naturaleza nerviosa. El tono de superioridad que emplean los que se consideran como los depositarios oficiales de la Verdad, lo ofende y lo irrita. Pero en cuanto se aleja de los celadores de la Ley, de los disputadores sempiternos, de los guardadores de la Letra, de los despreciadores del Espíritu, su alma fresca se abre como un lirio en plena luz y las parábolas brotan de sus labios como deliciosos cuentos para niños grandes. Sentado en esta playa, contemplando este lugar, imagina y recita las más encantadoras de sus oraciones. «Comenzó á enseñar junto á »la mar»—dice el Evangelio. Y estas enseñanzas son la Parábola del Sembrador, la Parábola de la Antorcha, la Parábola de la Semente, la Parábola del Grano de mostaza, la Parábola del Tesoro escondido, y de la Perla, y de la Red... Otra vez el Evangelio nos lo presenta en las colinas que rodean esta taza de esmalte, y entonces, como si con la elevación del terreno su alma se elevara también, el discurso que pronuncia es más grave, más ardiente. Ah, el divino Sermón de la montaña! Aquí, en esta colina de las inmediaciones del Tiberias es

donde el mundo lo oyó para no olvidarlo nunca. Aquí lo oigo yo esta tarde inefable, mientras mis remeros cantan el ritornelo milenario que les da aliento y alegría. «Abriendo su boca—dice San Mateo—les enseña diciendo: Bienaventurados los que tienen un espíritu ingenuo, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consuelos; bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos; bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán á Dios; bienaventurados los que padecen por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.» Qué más puede decir el que habla en nombre de un Dios que ya no es el Jehová tonante y cruel de Josué, sino el Padre nuestro, todo misericordia, que está en los cielos?... En Jerusalén, más tarde, y más tarde en Jericó, y más tarde aun, en Siloé, hablará de un modo más elocuente y más fogoso y más docto. Pero más sublimes palabras no saldrán nunca jamás de sus labios divinos. El Jesús de la Montaña, el Jesús de las bienaventuranzas, el Jesús de los pescadores y de las mujeres, el buen Jesús que recorre en su burro los campos galileos predicando la santidad de la pobreza y de la sencillez del corazón; el Jesús que, hablando con la sama-

ritana, condena de antemano el clericalismo; el Jesús que con su vida regocijada da una lección á los que creen que las mortificaciones de la carne son agradables á Dios; el Jesús de luengos rizos suaves y de luengos discursos dulces, ese es el Jesús que transforma los mundos y que reina en las almas por los siglos de los siglos. Yo lo veo, aquí, no como lo ven los frailes exaltados, andando sobre las ondas y resucitando muertos, no, sino sentado en una piedra del monte, y diciendo á los hombres: Bienaventurados todos vosotros, bienaventurados aunque pequéis, bienaventurados porque sois pobres criaturas de sufrimiento, de amor, de ilusiones y de miserias...

*

A pesar de que la barca resbala, sin sacudida violenta por estas aguas crepusculares, mi guía murmura, de vez en cuando, al ver que la vela se inclina:

—El viento del Este no perdona...

El agua, sin embargo, continúa tranquila, casi muerta. Á medida que el sol se encamina hacia su ocaso, una luz dorada hace brillar sus ondas con reflejos de oro. La barca va más suavemente que cuando vinimos. El viento, aunque sopla del Este, viene con alas de céfiro, sin nada de amenazador. Toda nuestra travesía es una pura gloria.

—Ya ve usted—le digo, al desembarcar

en Tiberíades, á mi buen guía— ya ve usted que hasta el viento del Este perdona en esta tierra de Jesús...

E. GÓMEZ CARRILLO

(Jerusalén y la Tierra Santa).

Las dos hermanas

1

En una tarde limpia y serena,
como del trópico casi ideal,
a las orillas del Magdalena
grato respiro bajé a buscar.

Las auras tibias de la montaña
mecían lentas el platanar;
y no distante ví una cabaña,
cual nido oculto bajo el palmar.

En el sendero, junto a un bohío,
dos aldeanas hallé al pasar;
una, penosa, miraba al río,
la otra bordaba, con triste afán.

Aquella, al verme, se alejó esquiva;
ésta, al contrario, con dulce faz,
corta en palabras, pero espresiva,
me acogió afable con su mirar.

—Sois dos hermanas?—la dije incierto;
—Sí, dos hermanas somos no mas.

—Y vuestro padre?—Mi padre ha muerto,
mi madre, anciana y enferma está.....

Siguió un silencio de causar frío.....
miré a la niña..... la ví llorar.....
su hermana inmóvil miraba al río;
y ya venía la oscuridad.....

2

Era la solemne hora
de los recuerdos..... Muy lejos
del vivo sol los reflejos
morían en confusión;

y la estrella brilladora
del crepúsculo, en la altura
con su luz tranquila y pura;
convidaba a la oración.....

Bello es el río! El paisaje
muestra el lujo de grandeza
con que la naturaleza
colma el suelo tropical;

selvas de inmenso follaje,
todo virgen y risueño,
edén..... forjado en un sueño
de fantasía oriental!

Cual centinelas innobles
que abren paso a su monarca,
en cuanto la vista abarca,
se ven sus filas tender

gruesas ceibas, altos robles,
mangles y cedros pomposos,
que contemplan silenciosos
el Magdalena correr.....

Las luces de los cocuyos,
que de la orilla se alejan,
entre la selva asemejan
luces de oculta ciudad;

y con primores tan suyos,
que imposible imitar fuera,
se ve una y otra ribera
competir en majestad!....

Como un Tritón prepotente
navega el vapor silbando,
y sus chispas pregonando
grandioso futuro van.

Ruge al chocar la corriente
del agua contra la quilla,
y al fondo, desde la orilla,
se echa el pesado caimán.....

Sentado en rústico tronco
junto a la pobre cabaña,
quedéme absorto en estraña,
profunda contemplación.

Del río el murmullo ronco
y el vago sonar del viento
hablaban, con triste acento,
de algo raro al corazón.....

Pensaba.. mas, de repente
la joven de la ribera,
como si nadie la oyera,
entonó con blanda voz

esta canción tan doliente,
y de tal melancolía,
que el lamento parecía
de la angustia más atroz:

—Qué grande que viene el río!
Qué grande se va a la mar!
Si lo aumenta el llanto mío,
cómo grande no ha de estar!....

Río!.... río!....
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!....

Qué negra la noche ingrata
viene mi pena a aumentar!....
Si ella mi dolor retrata,
cómo negra no ha de estar!....

Río!.... río!....
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!....

Qué triste susurra el viento!
Parece ausencias llorar!.....
Si él repite mi lamento,
cómo triste no ha de estar!....

Río!.... río!....
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!....

Qué sordo que el río suena!
No quiere a nadie escuchar!....
Cuando no escucha mi pena,
cómo sordo no ha de estar!....

Río!.... río!....
devuélveme el amor mío,
que me canso de esperar!....

3

Entretanto sin hablar,
con su hermana, a corto trecho,
la miramos inclinar
la cabeza sobre el pecho
y exasperada llorar.....

—Vuestra historia será triste,
dije al fin a la aldeana.

—La mía no, que no existe,
la triste es la de mi hermana
que a su aflicción no resiste!....

—Cuéntamela! Soy viajero,
y, aunque pronto partiré,
esa historia saber quiero!....

—Dejadme llorar primero
y luego os la contaré!....

Miró a su hermana un momento,
las lágrimas se enjugó
y con simpático acento,
ocultando su tormento,
su relato principió:

—Tras penosos desengaños,
sin fortuna y sin hogar,
en estos bosques estraños
con mi madre, hace veinte años,
mi padre vino a habitar.

Cuanto este cercado encierra
con su trabajo adquirió;
mas, sonó el grito de guerra
y atravesando la sierra,
fué a la guerra..... y no volvió!....

Crecimos en la orfandad;
mas, mi hermana, aunque lloraba,
creyó en la felicidad,
pues era amada y amaba
con ciega fidelidad!

El dueño de su alma pura
era un joven pescador
de varonil apostura,
un tigre por su bravura
y una paloma en su amor!

El río era su elemento,
y, en su *balsa* o su *champán*,
siempre encontró salvamento
cada viajero en tormento
o apurado capitán.

Jamás lo encontró cobarde
la suerte, con que luchaba;
noble y bueno, sin alarde,

a esta caleta arribaba
con más amor cada tarde.

En la noche, entusiasmado,
nos relataba la historia
de sus días de soldado,
pero su sueño de gloria
era amar y ser amado!

La víspera de aquel día
fijado para alcanzar
su ambicionada alegría
uniendo a la hermana mía
su existencia ante el altar,

el grito horrendo y agudo
de un náufrago se escuchó;
arder su sangre sintió,
vencer su instinto no pudo
y en el río se lanzó!

Entre las aguas nadando
lo miramos, como un pez;
iba al náufrago alcanzando,
y..... aunque seguimos mirando
no lo vimos otra vez!.....

Sólo dos bultos unidos
la corriente nos mostró.....
Se escucharon dos gemidos.....
Ella perdió los sentidos
y enagenada quedó!.....

Lento su mal la devora;
y, loca, mirando al río,

canta a veces, otras llora,
y sigue en su desvarío
día a día, hora tras hora!—

Sintiéndose conmovida
su relato interrumpió;
la ví llorar afligida.....
mas de pronto decidida
la niña así continuó:

—Qué hacer, si Dios lo ha mandado!...
—Confía en Él! respondí.
Dejé mi óbolo olvidado.....
miré su rostro y lo ví
risueño..... pero empapado!.....

Y al ver tal conformidad
mezclada con tanto duelo,
dije a ese ángel de bondad:
—Cómo te llamas?

—Consuelo.

Y tu hermana?

—Soledad.....

4

Torné a la barca, y en la noche oscura
vi en la playa una luz, cuyo fulgor
me señalaba el sitio sin ventura
de una historia tan llena de dolor.....

Muellemente la nave se mecía
cual blanda cuna, con balance igual,

y arrullar, cariñosa, parecía
de las almas el íntimo ideal;

aquellas vagas esperanzas bellas,
esos enigmas de anhelado bien
que en las nubes, el agua y las estrellas
mudos viajeros pensativos leen.....

La nocturna luciérnaga brillaba,
y en la selva el enjambre velador
de cigarras y grillos, no cesaba
de herir el aire con tenaz rumor.....

Quedó mi mente en el delirio envuelta
y, al alba, la verdad me despertó
cuando, como un alción, libre y resuelta
su destino la nave prosiguió.....

En medio del ramaje, la cabaña
medio escondida diseñarse ví.....
cambió de senda el río..... la montaña
se interpuso a mi vista..... y la perdí!.....

5

De aquel barco, en la ciudad,
al capitán torné a ver
y le dije:—Perdonad:
algo habéis vuelto a saber
de Consuelo y Soledad?

—Nunca he vuelto a aquella playa,
me dijo, mas, si queréis
noticias, no bien que vaya

a esos sitios, cuanto haya
de nuevo, ya lo sabréis.....

Por qué, por qué no olvidó
su promesa el capitán?....
Ah! su palabra cumplió
y aquí las líneas están
que su mano me escribió:

—«Por complaceros, fuí diligente
a la ribera que os prometí.
Salté a la playa..... qué diferente
tras cortos años todo lo ví!

Espesa hierba borrado había
hasta la senda del platanal,
y un rapazuelo que me seguía
—Volved! me dijo, porque vais mal.....

—Si de Consuelo busco el bohío!....
—Murió su madre y ella se fué.....
—Pero y su hermana?—Se arrojó al río,
que estaba loca, por no sé qué.....»

Lo habéis oído!.... Cosas del cielo.....
que no comprende la humanidad!....
Tal vez Consuelo no halló consuelo.....
pero dichosa ya es Soledad!....

JOSÉ ANTONIO SOFFIA

Bogotá, 1882.

El triunfo de la verdad

Sobre un tema de LORD DUNSANY

Aquel era un corral espacioso, circundado en cuadro por altas tapias, cortadas en lados opuestos por dos recios portalones, uno sobre la carretera pública y otro sobre las dependencias de la granja á que el corral mismo pertenecía. En otro de los lados se alzaba el establo para las vacas lecheras y algunos animales de labor: enormes caballos percherones, de cascos acopados, muy grandes, como cestos invertidos, melencudados con penachos de crines lacias que barrían el suelo.

Dentro del corral, todo á nivel, sin yerbas ni plantas, tendía un charco su linfa de pocas pulgadas de profundidad, sobre un fondo fangoso, propicio á la cría y desarrollo de los gusanillos y otras alimañas, apetecidas por las aves domésticas, como el *caviar* por los golosos. Allí, ante la madre medrosa y complacida, entregábanse los paticos á deportes natatorios, sin peligro de traidoras corrientes.

La población del corral era numerosa; el elemento étnico—digámoslo así—predominante era de pollos y gallinas. Había algunos gallos, entre quienes la tradición de muchas generaciones hijas de aquella patria, y acaso también—dado el gran número de aves—la necesidad de repartir las res-

ponsabilidades naturales á su estado, habían culminado en un *modus vivendi* de pacífica distribución de funciones, sea, en la división de trabajo preconizada por los expositores clásicos de las ciencias económicas, ejemplo edificante y consolador muy distante del absolutismo exclusivista y pendero, privativo de los gallos educados, en corrales de menos equitativa orientación moral.

Pululaban los pollos de todas las edades, desde los diminutos, cuasi implumes, hasta los ya entrados en días de campar por sus respetos, empeñándose en emular á sus mayores. Las cluecas conducían á los polluelos por todo el haz del corral, llevándolos al borde de la pequeña mar de los ánades en busca de nutrición suplementaria, ó al estercolero de forma cónica, con la cumbre trunca en convexidad irregular, montón de los despojos del establo, hacinados para abono de las huertas.

Ascendían los polluelos en pos de la clueca, los escarpados flancos del que, sin su color de un pardo sucio y desteñido, fuera un *Mont Blanc*. La activa descomposición orgánica acentuada en las capas superiores brindaba más succulento premio á los más audaces de entre aquellos alpinistas: escrito está, de pollos y de hombres, que toda eminencia coronada trae su galardón.

Abundaban los capones, obesos, de andar pausado, con reflejos de tristezas ó de ansias reminescentes en los ávidos ojuelos, exper-

tos, como con fuerza de segunda naturaleza, en descubrir todo lo asimilable, por vía de alimento, hasta en los más recónditos parajes.

Formaban un grupo aparte los gansos; serios, insociables, dábanse á interminables caminatas, uno en pos de otro, en larga fila, con ademán de militares en marcha, contentos de sí mismos, como tantos otros bípedos, en su agitación vacía de objetivo, estéril y fanfarrona.

No faltaban los pavos y sus hembras; ellos engreídos y alborotadores: ellas traviesas y aprovechadas.

Descollaba entre las aves, el pavo real, fatuo, con pretensiones de superioridad innata, refrendadas por la gloria polícroma del prodigioso abanico de su cola.

El espíritu del corral se encarnaba—en carne con plumas, se entiende—en una gallina venerable, cien veces clueca en su vida, y, por su serena robustez, apta para serlo otras ciento. Ella había recogido la sagrada tradición de su pueblo, encerrada dentro de aquellas tapias, y cristalizada en su pecho como el diamante en la ganga.

Había visto llegar y pasar las generaciones, y ahora las veía aun crecer enderredor suyo, como en ondas de vida, con dos patas y cubiertas de plumas, que jamás hubieran de agotarse. Careciendo, como todos los seres de su clase, de memoria sermoneante y de imaginación vaticinadora de quebrantos, vivía en el supremo goce del momento

presente, bello ideal de la dicha perfecta, conturbada siempre por el recuerdo ó el augurio: compensación acaso de la Providencia á los seres sin alma, por la inmortalidad que les fué negada.

Venerábala—hasta donde la veneración en él cabía—su propio pueblo de pollos, gallos y gallinas, y rendíanle las demás aves cierto acatamiento contagioso, estimulado por el favorable ambiente moral de aquel corral, modelo de corrales, santuario de egregias tradiciones.

Todas aquellas aves, tenían de las alas la semblanza material, muñones y plumas. Ninguna de ellas volaba. Si era degeneración, hija de la domesticidad, ó desarrollo incompleto en una evolución contenida, es cosa por demasía ardua de resolver. Sólo sí que esas alas de pega jamás cruzaron el azul, donde revolotean las mariposas y zumban las abejas y se pierden, como un canto, las golondrinas.

*

Por aquel entonces—el de que se trata—formaron su nido en el alero del establo unas palomas: vivieron su idilio, rumoroso de arrullos, en los mismísimos días que la primavera enflora y embalsama. Sus polluelos abrieron los ojos ante la vida bulliciosa del corral, universo, diríase, lo bastante comprensivo para contener todos sus anhelos.

Halló el estío á los pichones aptos para el vuelo; y volaron. Y tornaron, volando *con l'ali aperte e ferme al dolce nido per l'aer dal voler portate*, como hacia Virgilio y Dante las atribuladas sombras de Francesca y de Paolo.

*

Ese vuelo fué revelador. Los viajeros, aunque palomas, habían sentido la impresión del milagro y discurrían así: «El corral no es el límite del mundo. Fuera de las tapias, más allá de la carretera, de los sembrados, del bosque y de las colinas divisables desde nuestro alero, vimos otros sembrados y otros bosques y montes más empinados: la tierra ondula y lleva trajes diversos en los valles; la esmaltan manchas de agua, quietas unas, errantes otras; los bosques susurran y el viento á veces parece hablar palabras incoherentes, como si soñara.

«En otras partes hay edificios y templos, y en las aguas se balancean ó las recorren, grandes fábricas flotantes, con mástiles atravesados en cruz, para que descansen las palomas. Y más allá están las aguas sin confín; ellas también murmuran palabras incoherentes; sobre esas aguas impera la soledad.

«Vimos aves que iban, unas solas, otras en bandadas, en tupido volar, como una nube, puestos los ojos, todas, en un punto invisible, allá entre las dos inmensidades.

«Y vimos un ave, vencida, caer á las

grandes aguas y perderse en ellas. Tornamos al nido.»

*

Por su misma extrañeza, aquel discurrir, en el alero, especie de púlpito al fin, conturbó á los pollos que lo oyeron. Cundió el rumor: se dijo que acaso habría verdad ó algo de verdad en la historia de las palomas. Impuesta la Clueca tutelar, tembló por la suerte de su pueblo. Estalló en su conciencia el brote heroico. Hay momentos en la vida de los corrales en que el supremo peligro engendra al redentor, al apóstol, al mártir, que la patria salvación reclama.

EMMANUEL* J. GARCÍA

Sabía la Clueca que para vencer la potencial rebeldía naciente, precisaba combatir al mal con las propias armas del mal. Su sola autoridad de clueca abnegada, sus eximios méritos, su probada rectitud de criterio y su honestidad inmaculada, nobastarían. Si sólo el sacrificio bastaba, era preciso ir al sacrificio.

Pocos días después, con estridente cacareo, convocaba la Clueca á su pueblo desde la cúspide de aquel estercolero, tantas veces teatro de su maternal solicitud. Acudió éste en masa, escalonándose en los flancos ubérrimos del Sinaí gallinal y apiñándose al pie, impaciente y curioso.

Y la Clueca habló: «Hijos míos, mi amor

por vosotros, por nuestras sacras tradiciones, por nuestras sanas prácticas, por la pureza de nuestras costumbres, me ha llevado, á mi edad y á pesar de mis responsabilidades, á realizar un supremo esfuerzo. Segura de la verdad de mis convicciones, jamás abrigué temor alguno. Quise, sin embargo, estar doblemente segura de lo seguro.

«También tengo alas yo!

«Desde este pináculo que me sirve de tribuna ascendí de un vuelo á la vecina tapia y de otro descendí al mundo externo. Exploré. Fuera de nuestro corral sólo hay desolación. Una larga faja polvorosa en primer término, y más allá un suelo removido, reseco, sin sustento para nosotros. No hay tales valles, ni montes, ni aguas corrientes, ni grandes aguas, ni mástiles para que se posen las palomas. No podéis dudar de vuestra madre; os digo que yo también he traspasado estas tapias, exponiendo mi vida por vosotros: para volver hube de aguardar en desnudez y desamparo á que se abriera el portalón... Las palomas han mentido, toca á vosotros, hijos míos, pueblo amado, dictar el fallo sobre su conducta.»

De toda moral establecida, hinchada con la convicción de poseer la verdad definitiva, surge necesariamente, como escudo protector, una celosa intolerancia, erizada de defensas, esencial para la conservación del orden y del bien públicos, y, en su espíritu colectivo, inexorable con el delincuente.

Ay de las palomas temerarias que con-
turbaron la ecuánime conciencia del corral,
empañando el nítido espejo de la verdad!
A una fueron condenas á muerte.

Advirtieron ellas empero el clamoreo
amenazante, y desplegando las probadas
alas, buscaron refugio en el espacio, ampa-
rador y cómplice misericordioso de palomas,
de videntes, de soñadores y de otros pájaros
de cuenta.

El corral se había salvado.

S. PÉREZ TRIANA

(*Hispania*, Londres, abril 1º de 1912.)

Cuadros de la Naturaleza

Las hormigas arrieras

En el orden maravilloso de los himenóp-
teros, se clasifica cierto insecto, muy común
en las tierras calientes y templadas, llamado
comunmente Hormiga arriera. Pertenece al
género *Oecodoma* de los zoólogos, y se hace
notar por sus devastaciones, ruinosas á ve-
ces para el agricultor.

En ellos hay, como en otros articulados de
la misma familia, cuatro suertes de indivi-
duos: los *machos*, provistos de alas, encar-
gados solamente de la fecundación de las
hembras, y que, terminada la época de los
amores, perecen todos; las *hembras*, también
aladas, cuya misión es poner los huevos,

concluída la cual se despojan de sus arreos de insectos voladores y mueren pronto; gran número de *obreras* ápteras y sin sexo, que son la inmensa mayoría de esas hermosas agrupaciones de animales pequeñísimos que dan ejemplo al Hombre de actividad, constancia y armonía social, y un verdadero ejército de *soldados* prontos á sacrificarse por el bien de la colonia. Las neutras son las que trabajan incansables, las esforzadas y tenaces; las que mantienen muy alto el honor nacional en el gran rol de los insectos; son, en fin, los inteligentes y probos ciudadanos de esa prodigiosa república que se agita silenciosa bajo las hierbas perfumadas de los campos, entre las ramas de los árboles floridos y en la sombra de sus oscuras y subterráneas mansiones.

Elevados y pintorescos montecillos de tierra arcillosa, denuncian, bajo los árboles, la morada artística é imponente donde la *Oecodoma cephalotes* reside de ordinario, y que es una vasta ciudad escondida bajo el suelo y defendida por poderosas fortalezas que, con esfuerzo heróico, construyeron los titanes de ese pequeño pueblo diligente y valeroso.

El *Homo sapiens*—así se ha llamado presuntuosamente el Hombre—ha excavado el laberinto egipcio, las catacumbas de Roma, las profundas galerías de las minas de carbón en Inglaterra, los túneles de los Alpes, y otras obras de esta clase que son la admiración de la historia; pero es preciso que se-

pa que esas construcciones de que tanto se envanece, al lado de las de los ingenieros himenópteros, son bagatelas ó juegos de niños, si se atiende al tamaño y la fuerza relativos

Si abandonamos ahora los encantados palacios de esa nación viril y enérgica, veremos al través de la pradera herbosa y húmeda, sus caminos bien trazados, cómodos y limpios, que conducen al lejano bosque, á la plantación de algún colono ó al jardín de fértil granja.

Por esa senda transitan, ordenadas, las Arrieras en busca de las hojas que constituyen su alimento. Qué disciplina, qué silencio! Unas mandan, y las demás trabajan con ardiente afán, porque obedecen á la ley de su raza: el cumplimiento del deber. A su paso, apenas se estremecen las florecillas de los lados del camino; unas vienen con la carga, otras van en su solicitud, y, al encontrarse, se saludan obsequiosas; si una no puede con el fardo que conduce, otra más fuerte le presta su ayuda con espontánea y generosa intervención. Mientras tanto, el Rey de la creación—verdadera bestia hominiana—asesina á su amigo por arrebatarse una nonada ó hacer alarde de valor.

Pasado aquel día, qué habrá sido del frondoso Naranja, ó del oloroso Limonero, orgullo del huerto y de la arboleda, donde las Hormigas encontraron abundantes provisiones? El labrador á la oración, de vuelta á su cabaña, mira su árbol favorito con despecho

y con tristeza: sólo quedaron el tronco y las ramas, pero ni hojas ni yemas; su silueta esqueletuda se dibuja melancólica en la semiclaridad del cielo.

El hombre declara entonces guerra á muerte al hormiguero, lo arruina, lo destruye. Sin embargo, ese pueblo modelo, virtuoso y abnegado, sólo ha cumplido con su deber: la lucha por la vida.

Y en esa lucha batallan, como las Hormigas, las Abejas, los Buitres, los Leones; los seres de la creación, desde la célula al cetáceo. Todos trabajan armónicamente para llevar á cabo las altas miras de la Naturaleza. Sólo el hombre es una nota discordante en el sublime concierto, una mancha en el inmenso cuadro de la vida universal: el rencor, la soberbia, la pereza, apagan en sus sienes los resplandores de la razón y le hacen odioso ante todos sus hermanos de la gran familia edénica.

Las hormigas agricultoras

La República de las Hormigas es la más perfecta y maravillosa agrupación de seres animados conocida, como también la democracia más bien consolidada. En ella debieran ejercitar sus ojeos los que viven á caza de ideales políticos con qué calentar los cerebros de los patriotas crédulos de ogaño.

Son las Hormigas un pueblo de titanes

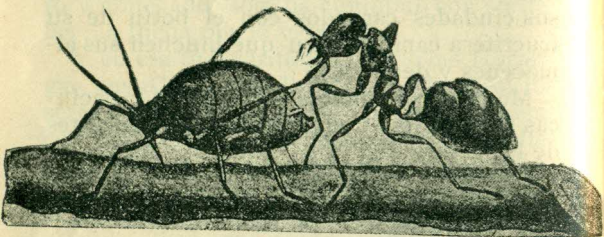
liliputienses que construyen edificios ciclópeos de la noche á la mañana; de guerreros que tienen alta idea del honor militar, conocen la estrategia y libran batallas en que no se sabe qué admirar más, si la disciplina ó el valor; de exploradores audaces que invaden la arboleda y la selva, y vuelven á sus ciudades cargados con el botín de su fructífera campaña con que hinchen sus almacenes y depósitos.

Mas sus costumbres sedentarias y pacíficas sorprenden y embelesan á los amantes de la Naturaleza. Sus industrias hacen de esa nación, enérgica y laboriosa, el más acabado modelo de una asociación democrática y altruista.

No desconocen, en efecto, lo que llamamos industria pecuaria. En sus correrías por los prados, sorprenden debajo de las hojas, donde se resguardan de los ardores del sol, rebaños enteros de Pulgones, insectos que secretan un líquido alimenticio que las Hormigas chupan con deleite; los conducen á las galerías de sus palacios y ahí los guardan y cuidan en establos apropiados. Este es el motivo por el cual Linneo designaba á los Pulgones con la denominación de *Aphis formicarum vacca*. También en sus guerras con los hormigueros vecinos, tras la alegría de la victoria y la humillación de los vencidos, arrebatan á éstos los ganados de sus pesebres los cuales van á enriquecer sus opulentas greyes.

Pero hay más aún. Las Hormigas excavan

amplias mansiones subterráneas; preparan convenientemente el terreno, que debe ser húmedo y suficientemente desmenuzado, y luego siembran extensas sementeras de una especie particular de Hongos que abrigados de la luz que los molesta, pues carecen de



ORDEÑANDO LA VACA

clorofila, y suavemente templada la atmósfera por un calor vivificante, á los pocos días ofrecen el cuadro seductor de un hermoso campo cubierto de blancos y sedosos filamentos que llevarán la alegría y la abundancia á los hogares de los laboriosos himenópteros.

La naturaleza dotó á la Hormiga de los instrumentos necesarios para las labores del campo, los que lleva consigo, adheridos á su cuerpo, y consisten en una provisión suficiente de azadones, horquillas, tenazas, pinzas, tijeras y algo más. Con estos recursos á la mano, la vida agrícola es para esos insectos—que jamás conocieron la pereza—una sucesión de goces, incomprensibles para

los que como el Hombre, han congeniado más ó menos con aquel vicio capital.

Serios y escrupulosos entomólogos han escrito la historia del pueblo labrador que ya conocemos. Pedro Huber, «el Homero de las Hormigas», describió con estilo sencillo sus hazañas guerreras; Dupont de Nemours relató sus novelescas aventuras; Carlos Bonnet dió precisos detalles sobre su astucia y habilidad en la caza de Pulgones; y, últimamente en 1908, G. Bonnier llamó la atención del mundo sabio sobre sus faenas agrícolas é hizo notar con especialidad que las plantaciones de Hongos no fructifican debido á que el ácido fórmico que dejan escapar las Hormigas impide el desarrollo del micelio ó aparato vegetativo de aquellas criptógamas.

Todo lo que nos cuentan de las Hormigas confirma el elogio que de ellas hizo Salomón cuando escribió: «Anda, perezoso, vé la Hormiga y aprende á ser sabio».

JOAQUÍN ANTONIO URIBE ¹

Cuadros de la Naturaleza. 1 Vol. Medellín, 1912.



El afecto á los libro demuestra un alma plácida y un fondo bondadoso. La buena erudición aleja los malos sentimientos.—RUBÉN DARÍO.

¹ Distinguido naturalista colombiano.

El culto de la flor

1

—Nada importante, dijo el claro filósofo, nada importante hacemos en nuestra vida sin las flores. Esto compone el detalle más característico, quizá, de la civilización. Haciendo intervenir á las flores en su vida, el hombre empezó á ser amable...

... Y la mujer sentimental, añadió con una sonrisa complementaria para la hermosa Andrea, en cuyo pecho una ligera nieve de jazmines oponía poética contradicción al dulce fuego de gemelas palomas escondidas.

Oid, por ejemplo, cómo vino á formarse el primer bohemio:

Los jóvenes salvajes que en el bosque primitivo amaban, hacían su cortejo por medio de presentes que eran frutos elegidos y primicias de caza.

Uno de entre ellos, salió cierto día con su flecha y su anzuelo á la busca del consabido regalo.

El río ofrecióle como siempre la segura promesa del pez de plata que deseaba hermoso como nunca.

Pero en tanto que el aparejo provocaba con su carnada, al cabestreo de la corriente, el buen pescador se puso á pensar en lo lindos que eran los pies de su amada vadeando el manantial explayado sobre guijarros; los

pequeños pies que el agua colgaba de cristal...

Y tanto le distrajo aquello, que el pez esperado vino, picó la carnada, comenzó á tirar—oh, pequeños pies de las doncellas en el agua clara—tiró más aún, más todavía... y se llevó el anzuelo.

Entonces el joven salvaje se fué de caza.

Pronto encontró un ave hermosa en la punta de un árbol corpulento. Verla y dispararle una flecha, fué todo uno. Pero erró el golpe, no sin advertir que en el breve trazo del dardo había algo de la mirada de su dulce querer.

Mas aquella impresión era tan vaga, que para cerciorarse, disparó otra flecha; y otra; y otra...

Cuando agotó su aljaba, se dió cuenta con terror de que ya érale imposible cazar ese día.

Entonces acudió al viejo manzano, donde había una manzana, una sola, pero la más hermosa que hasta entonces viera.

Sólo que cuando la tuvo en sus manos, sintió tan patentes las mejillas de su amada, que no pudo menos de besarlas en el fruto; y como del beso al mordisco no hay más que un paso, tratándose de esos tentadores objetos, he aquí que pronto el joven salvaje hizo de su manzana un problema insoluble. Se la había comido...

Defraudado en todos sus proyectos de sensato amante, volvía el triste por la pradera.

No llevaba á su tierno cariño, ni el pez de plata, ni la primicia de caza, ni el fruto de los acostumbrados presentes. Cuando de pronto ocurriósele pensar en las flores que iba hollando.

El primer ramillete de amor fue rechazado por la destinataria. No era de moda...

Pero el primer bohemio había nacido, cortando las flores de la infinita miseria. Las flores con que se adorna la vida cuando no se tiene que comer.

Otro día os contaré cómo nació el oráculo de la margarita.

2

— Cumpló mi promesa, niñas. dijo el claro filósofo, entrando á narraros cómo nació el oráculo de la margarita. Pues sabemos ya que nada importante se hace en la vida sin las flores.

La pradera reverdecida por una lluvia estival, miraba al cielo, en éxtasis, con los mil ojos de oro de sus margaritas.

Una joven salvaje atravesábala á paso lento, deshojando con pavura una flor...

El tema os parece viejo y os he visto sonreír. Viejo es, en efecto. Como el beso, el suspiro y la luna, que sin embargo, no cansan. Viejo como la juventud, que vive de olvido.

La joven deshojaba una flor como lo había hecho muchas veces. Pero aquel día

acababa de advertir una correspondencia entre cada pétalo arrancado y una idea suya. Esto le causaba una gran admiración.

Ahora bien, sus ideas no tenían sino un objeto: el hombre á quien amaba, y que desde algunos días antes no iba á verla. De modo que toda su mente iba ocupada en pensar:

Vendrá?

No vendrá?

Si vendrá.

No vendrá.

Las horas pasaron. El dolor hizo su obra de gota que cava. Engendró la duda, y con la duda ideas más definidas:

Me quiere?

No me quiere?

Los pétalos de la margarita fueron cayendo. Sí, no. Sí, no. Fué *no* al fin.

Aquella muchacha enseñó así á padecer á todas las demás muchachas de la tribu.

Pero, andando el tiempo, ellas aprendieron á defenderse del dolor, pues lo cierto es que los amantes volviéronse cada día más dudosos.

Fué necesario asegurarlos con otros lazos: inventar el novio...

Entonces se perfeccionó aquel primer ensayo, que fué á la vez—grave problema—el origen de la lectura.

Las niñas siguieron deshojando margaritas, pero nunca hasta el fin. El *sí* y el *no* decisivos quedaron en el último pétalo, que nunca era arrancado. Permanecía adherido

al botón central, recto, como una pequeña indicación hacia el infinito.

El infinito del dolor? El infinito de la dicha?

Así habló el claro filósofo, y después hubo un silencio meditativo de ideas comunicadas.

De repente, con simultaneidad extraña, sus jóvenes interlocutoras se echaron á reir.

Era evidente que ninguna había deshojado su margarita hasta el fin.

Y aquel pequeño descubrimiento psicológico del narrador las divertía.

Este añadió, paternal:

He ahí el inmenso problema de la flor deshojada.

Me quiere...

No me quiere...

To love, or not to love: that is the question.

3

—Cuando la flor fué símbolo de amor padecido y de ensueño sin esperanza, los hombres corporificaron en ella á la pureza, y entonces nació la corona de las novias. El estado de novia es un instante que tiene la fugacidad y el brillo de la chispa. La novia dura todavía menos que sus flores. Bien se ve entonces, que la corona nupcial lleva consigo la melancolía.

Ella fué una ocurrencia de cierta joven tierna y casta que murió de amor.

Cuando su último delirio fué llevándola

como una ola decreciente á la playa sin situación donde empieza la eternidad entre sauces inmensos y calmosos, alcanzó á oír en los labios de la enfermera una protesta contra el ingrato que así la dejaba morir.

—Oh, no; oh, no—pudo replicar todavía.—Deme unas flores.

Y en aquella incongruencia de conceptos iba el quimérico pregusto de los besos no dados, como ella se imaginaba que debían de ser.

Se coronó de flores, divagando ya en la gran sombra con la inconciencia pacífica de un encanto que era la dicha de morir.

Morir de amor es el supremo desposorio.

Y sensibilizado más de lo que hubiese querido, ante aquellas muchachas modernas que seguramente no morirían así, el claro filósofo, á título de irónica defensa, sonrió el verso romántico:

Murió de amor la desdichada Elvira...

Y las flores de las tumbas? añadió presto.

Los hombres primitivos, al verlas brotar con profusión sobre la fertilidad de los túmulos de tierra, las creyeron almas. Visitadas por las mariposas, de ahí nació la leyenda de Psiquis.

Nuestros grandes dolores y nuestros grandes placeres tienen por símbolo la flor.

El rasgo más típico de civilización lograda y estable, lo dió la mujer que un día, en la cueva prehistórica, rodeó de hierbas inútiles y olorosas el pernil de ciervo destinado

al banquete. El acto griego de deshojar rosas en la copa, es una de las escasas invenciones humanas que no tenga antecedentes en la predecesora animalidad.

Por último, las flores son la moneda de la filosofía, El simbólico tesoro que no debe derrocharse torpemente.

Un dios ha dicho:

«No echéis margaritas á los puercos...»

LEOPOLDO LUGONES

Cultura y altruismo

Nuestros institutores necesitan dos cosas: 1) Una educación más profunda que la que hasta hora reciben. 2) Un interés más serio y más altruista por su obra que el que la mayor parte tiene ahora. Si hemos de tener alguna vez los maestros que la nación necesita, la enseñanza debe llegar á ser una profesión liberal como el Derecho y la Medicina. Los que á ella se consagren deberán recibir un curso completo de Colegio (cultura), antes de entrar en la Escuela de Pedagogía, y esta escuela debe ser obligatoria para todos. Las Escuelas Normales fueron una necesidad en su tiempo y prestaron excelentes servicios, pero no pueden llenar las necesidades presentes. La educación que proporcionan es demasiado estrecha, demasiado superficial y demasiado estrictamente profesional para asegurar, ni hacer siquiera posible la verdadera cultura

que los maestros necesitan sobre todo. Un maestro profesionalmente preparado, sin un fondo de cultura general, es un simple pedante, que nunca puede comunicar el amor por el estudio ni despertar interés elevado en el alma de los discípulos. Pero no les basta á los maestros tener cultura; tienen que estar dotados, entre todo, del espíritu misionero. El maestro que no se siente un apóstol con una importante misión humana, sino que mira su profesión docente como un simple medio de vida, debe buscar mejor otra ocupación; y lo mismo puede decirse de los miembros de todas las profesiones liberales. El médico y el abogado cuya labor tiende simplemente á enriquecerse y no á que prevalezcan el bien y la justicia, no tienen derecho á reclamar su lugar. Si los maestros de la nación, con el debido sentido de su poder é importancia, pudieran, sin esperanzas ni deseos de recompensa material, formar una asociación para la educación superior de los obreros, como lo están haciendo los maestros de Francia, y cada uno consagrarse un par de noches semanales á la obra, elevarían pronto la cultura de todo el pueblo, y removerían los riesgos que amenazan á la sociedad. La pobreza, el vicio y la degradación, desaparecerían en gran parte para dar lugar al bienestar, á la virtud y á la nobleza. No hay obra más patriótica que ésta; porque no es en medio del estampido del campo de batalla donde el hombre vence á los demás, y donde gana

los laureles cívicos, sino en el silencioso gabinete de trabajo, donde los patriotas devotos, hombres y mujeres, procuran vencer la miseria, la vulgaridad y la corrupción. Cuándo estarán dispuestos para ello nuestros institutores?

TOMÁS DAVIDSON

(Una historia de la Educación).

Democracia ficticia

Es error comunísimo y frecuentísimo creer que el grado de libertad y de perfeccionamiento social á que ha llegado un pueblo, se mide por la aparente constitución democrática del gobierno, cuando la verdadera medida debe buscarse en la progresiva energía con que la opinión pública consigue imponer al gobierno una política y una administración cada vez más justa. La naturaleza de un gobierno no está definida como muchos creen aún por la manera como se eligen las personas que le componen — formalidad mentirosa las más de las veces — sino por el espíritu de su política y de su administración, y que es oligárquico cuando el Estado favorece á pequeños grupos, familias ó personas con daño del resto; que se hace cada vez más democrático y liberal, al paso que el Estado procura hacer justicia reconociendo los derechos y sancionando los deberes de cada grupo social en relación con los otros grupos y con la sociedad entera. Si un gobierno antepone el bien de unos pocos al bien común, poco importa que la mayoría sea conducida á dar ella misma su sanción á esta política con uno de los mil engaños políticos inventados por el hombre, aquel gobierno será, de todos modos, un gobierno tiránico y oligárquico.

GUILLERMO FERRERO